



Citation: Jiménez Esclusa, H.A. (2025) La cuestión utópica en Hispanoamérica. *Quaderni Culturali IILA* 7: 33-41. doi: 10.36253/qciila-3303

Received: January 31, 2025

Accepted: March 1, 2025

Published: November 1, 2025

© 2025 Author(s). This is an open access, peer-reviewed article published by Firenze University Press (<https://www.fupress.com>) and distributed, except where otherwise noted, under the terms of the CC BY 4.0 License for content and CC0 1.0 Universal for metadata.

Data Availability Statement: All relevant data are within the paper and its Supporting Information files.

Competing Interests: The Author(s) declare(s) no conflict of interest.

Disclaimer: The views and opinions expressed in this article are those of the author(s) and do not necessarily reflect the views or positions of the editors.

ORCID:

HAJE: 0000-0003-3081-6847

La cuestión utópica en Hispanoamérica

The utopian question in Hispano america

HÉCTOR AUGUSTO JIMÉNEZ ESCLUSA

Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Venezuela
hector.jimenez.ipmar@upel.edu.ve

Abstract. This article examines some ideas that underpin the stages of utopian thought in Latin America. It is believed to have identified a possible development of the concept of utopia, one that would constantly change throughout the continent's history since its encounter with Europe in the 15th century, while maintaining the aspiration for a distinct society constructed from the imaginary that forms the very foundation of the notion of America. In the utopian moments of Latin American history, it begins with the idea that America is an ideal construct rather than a reality. Later, Independence will assume that American utopia is possible, but only in the form of a republic in the classical sense. This is followed by what is considered a change in the definition of utopia introduced by José Martí and José Enrique Rodó; to finally verify what is considered its final transformation, the one that produced the Cold War.

Keywords: Latin American utopian thought, arielism, republicanism, Cold War.

Resumen. Este artículo estudia algunas de las ideas que vertebran las etapas del pensamiento utópico en Hispanoamérica. Se cree haber identificado un desarrollo posible del concepto de utopía que va a cambiar constantemente a lo largo de la historia del continente desde su encuentro con Europa en el siglo XV, al mismo tiempo que mantiene la esencia de la aspiración a una sociedad distinta construida desde el imaginario que forma el sustrato mismo de la noción de América. En los momentos utópicos de la historia hispanoamericana se comienza con la idea de que América es una construcción ideal antes que una realidad. Luego, la Independencia asumirá que la utopía americana es posible, pero solo en la forma de una república en el sentido clásico. Después se sigue con lo que se considera un cambio en la definición de la utopía que introducen José Martí y José Enrique Rodó; para verificar al final la que se considera su última transformación, la que produce la Guerra Fría.

Palabras clave: pensamiento utópico latinoamericano, arielismo, republicanism, Guerra Fría.

Parecían personas de buena lengua e ingenio, porque fácilmente repetían las palabras que una vez se les había dicho. Cristóbal Colón. Diario de a bordo

INTRODUCCIÓN

Este artículo estudia algunas de las ideas que estructuran las etapas del pensamiento utópico en Hispanoamérica. Se cree haber identificado un desarrollo posible del concepto de utopía que va a cambiar constantemente a lo largo de la historia del continente desde su encuentro con Europa en el siglo XV, al mismo tiempo que mantiene la esencia de la aspiración a una sociedad distinta construida desde el imaginario que forma el sustento mismo de la noción de América.

Esa evolución es mostrada a través de la división temporal que sigue los momentos utópicos de la historia hispanoamericana que propone Aínsa (1992):

El que precede y propicia el ‘descubrimiento’ de América [...], el que organiza, a lo largo del siglo XVI, las alternativas a la conquista imperial [De las Casas, Jesuitas en Paraguay]; el fermento de ideas y acciones políticas que preparan y acompañan la Independencia americana [1810-1825]; los planes y proyectos con que aspiran a estructurarse los flamantes Estados americanos en el siglo XIX [hasta 1850 y de nuevo entre 1865 y 1914]; y los planteos programáticos de muchas revoluciones y enunciados ideológicos del siglo XX (p. 12).

Dentro de los dos primeros se repasa la idea de que América es una construcción ideal antes que una realidad, esa contraposición es escenificada por la diferencia de visiones entre Cristóbal Colón y Bartolomé de las Casas, que si bien coinciden en alguna medida cuando consideran a América un paraíso, pronto van a divergir cuando el religioso acuse a los conquistadores de haber destruido la utopía y asuma la misión de intentar reconstruirla.

Luego, la Independencia asumirá que la utopía americana es posible, pero solo en la forma de una república – con la excepción del Primer Imperio Mexicano –. Cuando, a finales del siglo XIX, los intelectuales lucharon contra el desencanto del saldo de ese republicanismo, al mismo tiempo que enfrentaron la admiración del hemisferio por Estados Unidos, tuvo lugar un cambio en la concepción de esa república. Esta pasará a considerarse la alternativa al norte por la mera conformación espiritual de sus integrantes, sin tener que pasar por el arduo proceso de adquisición de las virtudes republicanas que padres fundadores, como Simón Bolívar, había establecido como única forma posible de acceder al deber que impone la polis por él liberada. Finalmente, la Revolución Cubana operará un cambio que supone que la utopía ya no perseguirá una república como horizonte, sino la revolución misma.

Cada uno de estos desarrollos se desdobra en su opuesto. De esta manera, a la utopía imaginada se con-

trapone la América real, la república gravita en torno a su disolución, y la revolución se opone a la sociedad liberal en la que es posible el orden y la riqueza en medio de un horizonte permanente de reformas producto del consenso.

Además de la división en etapas históricas, el otro punto de partida es fijar el marco referencial que comienza con el concepto de utopía. Es un tópico definir a la utopía utilizando la etimología presentada por Moro como un juego de palabras:¹ un no lugar (*outopos*, *outopia*) que es al mismo tiempo el buen lugar (*euthopia*, *eutopos*); la mejor comunidad política que, sin embargo, no existe, salvo en una versión literaria. Ajustando ese concepto etimológico, Tower Sargent usa utopía como sinónimo de utopismo al que además endosa tres acepciones: la de género literario; la propuesta de construcción de comunidades políticas reales; y, por último, la teoría social (1994, pp. 3, 5-21).

Por su parte, el concepto de republicanismo empleado en el artículo corresponde a su versión clásica, esa que considera que solo una parte de los habitantes de la polis deben tener todos los derechos políticos.

El último concepto del marco referencial es el de revolución. Aquí no se utilizará la acepción moderna de la noción de revolución política, la que alude a un movimiento que traslada la sociedad al futuro, sino a su significado previo: el de *revolutio* y *revolvere*; ‘retornar a los orígenes’; ‘volver al punto de partida’.

AMÉRICA: LA UTOPIA INVENTADA

Cuando, en el siglo XV, Europa se encuentra con América, las dos primeras facetas del utopismo indicadas por Aínsa (1992) son indiscernibles, una fusión que se registra ya en el Diario de abordo de Colón y que va a continuar en todas las crónicas de Indias. Esa configuración del pensamiento utópico instala la premisa de que mucho antes de ser descubierta América había sido imaginada o inventada.

Esa es la implicación más importante del pensamiento utópico a la hora de abordar la historia del continente: el núcleo de los intentos de comprensión de lo americano que registran *La Utopía de América* (1925), de Henríquez Ureña; pasando por *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios* (1937), de Silvio Zavala; *Utopías Americanas* (1938), de Alfonso Reyes,

¹ La sátira de Moro se expresa en otros juegos de palabras. Así, el personaje que narra la *Utopía*, Rafael Hitlodeo, es el “buhonero de tonterías” o el “experto en insensateces” de acuerdo con la etimología de su nombre griego. Un supuesto pueblo persa, que renuncia a la gloria militar a cambio de pagar tributo, lo que le permite vivir en paz, se llama los Polilerites, o la “gente de los muchos disparates”. Por su parte Amaurota, la capital de *Utopía*, se traduce como “Oscura” o “Tenue”.

La invención de América (1958) de Edmundo O’Gorman; y hasta *Nuestra América es un ensayo* (1963) de Germán Arciniegas.

Esa construcción imaginaria, desde la que se crea América, tiene dos caras. Una está constituida por todos los relatos pre utópicos que parten de la edad de oro, pero que también integrará a la Utopía de Moro (1516) y a sus derivados. La otra cara es la Europa real desde la que parten las expediciones en el siglo XV.

El almirante Colón usa a Canarias como uno de los patrones contra los cuales contrastar lo que encuentra en lo que será América. Así, el color de piel de los indígenas, o el tipo de aves que encuentra durante la navegación, se definen por su parecido con los tipos de las gentes y faunas canarias (2016, p. 67). De esta manera, el lugar del que partieron, también conocido como Las Canarias, eran también las Islas Afortunadas o, el Paraíso de Homero, determinó la descripción de lo que encontraron.

Pero es la recreación de la utopía la que prima. Los españoles, sobre todo, y en buena medida las otras naciones europeas conquistadoras, no tienen frente a sí una geografía física y humana, sino a las historias de lugares en los que la vida es fantásticamente mejor. Mumford nos dice que la utopía constituye la mitad de la historia humana porque el hombre está inserto en dos mundos: aquel en el que vive materialmente y en aquel en el que aspira a vivir (2013, p. 23). Durante la primera etapa de la colonización y conquista, los europeos eligen vivir en el segundo.

Es un tópico mencionar cómo Colón ubica el paraíso cerca de la desembocadura del Orinoco durante su tercer viaje (De las Casas, 1986a [1527], p. 562), pero lo cierto es que a cada paso creía tropezarse con la utopía del lugar perfecto sobre la Tierra. Así, cuando navegaba entre la Española y la Tortuga, escribió: «Puso nombre al valle Valle del Paraíso, y al río Guadalquivir, porque dice que así viene tan grande como el Guadalquivir por Córdoba, y a las veras o riberas dél, playa de piedras muy hermosas, y todo andable» (2016, p. 185).

Al principio, hombres como Bartolomé de las Casas también verán la utopía allí donde miren, pero luego entenderán que los conquistadores la destruyeron y que su tarea era reedificarla. La comparación de este fragmento, que se repite a lo largo de toda su *Historia*, define la visión lacasiana:

Manifiesto es, por infinitos testimonios y argumentos arriba traídos, la mansedumbre y pacífica y modesta natural cualidad y condición de los habitantes naturales desta isla, y las pocas y leves y casi ningunas armas que tenían, y cuánto nosotros con las nuestras les excedíamos, y que si viviéramos con ellos según cristianos, no tuviéramos necesidad de armas, ni arcabuces, ni caballos, ni perros

bravos, para todos atraerlos. Después ya de habiéndolos así exacerbado, estragado, muerto, despedazado y destruído, que probasen a matarnos si pudiesen, uno aquí y otro allí (porque muchos de nosotros juntos, ní que fuesen treinta juntos, si no los tomaban durmiendo por ninguna industria podían) no era maravilla (De las Casas, 1986 [1561], pp. 3-4, Tomo II).

Es esta escisión lo que hace que de los Reyes (1992), entre otros, hable de la necesidad del Viejo Mundo de asumir a América como una utopía como reconstrucción y deseo histórico (pp. 211-212). Él estudia la utopía que precede y propicia el encuentro de América partiendo de textos de Carlos Fuentes – entre ellos *Valiente Nuevo Mundo* (1990) – para quien la utopía es la tercera posibilidad que ofrecía el continente al momento de la disrupción que significó la llegada de los españoles; la primera fue la organización indígena y la segunda la conquista misma (1992, pp. 214-215). Como la utopía no se realiza, el continente jamás abandonará la nostalgia por lo que no fue, con el agregado de que pudo identificar siempre en la segunda posibilidad, en la conquista, en la leyenda negra, la causa de la destrucción de la utopía.

No obstante, de los Reyes, en su glosa de Fuentes, señala que Bodino va a romper la nostalgia con la que Europa mira al Nuevo Mundo cuando deja de considerarlo una utopía y se plantea que los indígenas probablemente no vivían en una Edad de Oro antes de la llegada de los europeos, sino en una degradada Edad de Hierro (1992, p. 226).

LA ACADIA DE LOS BUENOS SALVAJES²

El pensamiento utópico en Hispanoamérica durante el siglo XVI está signado por lo que Uslar Pietri denomina «esa imagen del “buen salvaje”, de la igualdad, la libertad y la felicidad de los seres que viven cerca del estado de naturaleza, [que] es el concepto más importante que surge del hallazgo del Nuevo Mundo» (1998, p. 118). Esa imagen es falsa, pero es el núcleo de la utopía buena durante la conquista y colonización, vale decir, de la que se opone a la deshumanización de los indígenas como instrumento de la otra utopía: la búsqueda de El Dorado.

Es precisamente con esos buenos salvajes con los que algunos conquistadores tratarán de reproducir, por primera vez en la historia, la Utopía de Moro.³ Los cua-

² Para la noción de buen salvaje *cf.* Todorov (1989) y Lukács (1959).

³ Uslar Pietri recuerda que, en la biblioteca del primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, había un ejemplar anotado de la *Utopía* (1998, p. 119) que probablemente haya leído Vasco de Quiroga. Lillo Castañ (2022) atribuye a Vasco de Quiroga una traducción anónima de la *Utopía*.

tro ejemplos más destacables indican que el signo de estos intentos utópicos es profundamente religioso: 1) los hospitales-pueblos de Vasco de Quiroga en Santa Fe de México en 1532 y Santa Fe de la Laguna en Michoacán, 1533; 2) el pensamiento de Gerónimo de Mendieta; 3) las misiones jesuíticas guaraníes,⁴ y 4) los intentos de Bartolomé de las Casas en Guatemala entre 1537 y 1550.

De los Reyes hace referencia al carácter de organización económica coordinada en las comunidades de Vasco de Quiroga, quienes mantienen la riqueza limitada y la ausencia de dinero en las misiones jesuíticas en Paraguay. Este rasgo de lo que era de por sí una acacia agrícola cerrada, será cambiado por la riqueza barroca en la ciudad (pp. 221, 223).

Es De las Casas (1986) quien permite mencionar el inicio de los intentos utópicos, ya no literarios, sino políticos, en lo que será Venezuela, porque sus intentos utópicos son muy anteriores a las misiones en Verapaz remontándose al establecimiento de una misión en Cumaná, en 1521, cuyo fracaso lo llevará a hacerse dominico. Ese intento estará inspirado en la *Utopía*, pero además fracasará precisamente ante la otra forma de la utopía: la búsqueda de El Dorado que exige esclavizar.

LA UTOPIA REPUBLICANA

El momento utópico que acompaña la independencia del continente está signado por el republicanism, como menciona Rojas (2009, p. 9), es decir, el: «proceso de representación e imaginación de sus comunidades [de las nuevas élites letradas y políticas de Hispanoamérica] con el fin de transformarlas en las “ciudades virtuosas” de las nacientes repúblicas» (2009, p. 12), y cuya consolidación sucede luego de la entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil. Uno de los rasgos utópicos de este republicanism es la homogeneización cívica que se busca al menos durante las dos primeras décadas de la independencia.

Guerrero (2005) suma una consideración que contribuye a ubicar a Bolívar como eje de este republicanism: en torno a todo el proceso de emancipación liderado por él se vincula una corriente de republicanism hispanoamericano que se contrasta con el republicanism ameri-

cano anglosajón y el republicanism francés preeminente en la posrevolución (p. 45). De esta manera, la utopía bolivariana es una república, pero con una configuración derivada de las duras lecciones de la guerra y de sus consecuencias cuando se había ganado ya. Nada explica mejor esto que una frase del mismo Bolívar al inicio del Discurso de Angostura, en febrero de 1819: «No ha sido la época de la República, que he presidido, una mera tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular, ha sido, sí, el desarrollo de todos los elementos desorganizadores» (1987, p. 237).

Su repuesta a esa destrucción está contenida más adelante en el mismo discurso: un senado hereditario que él insiste en advertir que no es una violación a la igualdad política, pero que no deja de serlo. A partir de Angostura, Bolívar no dejará de insistir en ese tipo de instituciones políticas cada vez que intente diseñar el orden jurídico de los países que libertó, a la par que hace la distinción entre los integrantes de la república, una que otorgará plenos derechos a quienes pelearon la guerra, así como a quienes tenían una propiedad mínima que les evitara depender de otros para subsistir. El resto debía lograr su ciudadanía plena solo luego de haber adquirido la capacidad moral que les permitiese ejercer su deber cívico. Así, el Libertador no solo respondía a la destrucción material que había dejado la guerra, sino también a la amenaza de disgregación y anarquía política que anidaba en la constitución ética de los americanos.

Pero los padres fundadores sucumbirán al desencanto y, luego de la disgregación, al final de la primera parte republicana, la utopía hispanoamericana cambiará. Es aquí donde debe insertarse el panamericanism de Martí y el arielism de Rodó.

EL GIRO DE FIN DE SIGLO

Martí se asume como un hijo del pueblo, al que admira sin la prevención de no hallarlo moralmente apto para habitar la utopía republicana:

Porque yo no sé que haya derecho más grato que el de admirar como hijo al pueblo por donde América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo de caballo ni más rancho que recortes de cuero, al poder injusto que se socorre de las riquezas de la tiranía y del mismo ciego favor de la Naturaleza (2005, p. 399).

Aunque esa alabanza la dirige específicamente a Venezuela, el mismo tono laudatorio se repite cada vez que Martí describe un país latinoamericano. Para él, casi al final del siglo XIX América ha hecho un balance

⁴ Según del Rey Fajardo (2004) las misiones jesuíticas formaban un cinturón que iniciaba en el alto Orinoco y se extendía hasta Paraguay con la misión política de obligar a Portugal a respetar el tratado de Tordesillas; pero esa unidad política abarca lo que denomina «humanism jesuítico» (pp. 123, 125), de ahí que sea lógico incluir a las misiones de la orden en el alto Orinoco en el intento utópico de las ubicadas en Paraguay. Cfr. del Rey Fajardo (1996). Zanatta (2020b) concluye que, para entender al castrism, este debe ser considerado una prolongación de estas misiones jesuíticas (p. 475).

en el que «saneada en lo real de sus guerras y lo vano de sus imitaciones, conoce por fin sus elementos vivos, más nuevos por la mezcla forzosa de la condición diversa de sus moradores que por peculiaridades inamovibles de hábito o de razas» (2005, p. 404). Con esa condición, todos los latinoamericanos pueden ser parte de la utopía de una nación distinta a la del norte, a la que Martí solo concede la grandeza que proviene de la conjunción entre la extensión del país y el tamaño de la ambición de sus habitantes, pero a la que le ha sido negada el refinamiento civil del arte (2005, p. 265).

Ariel (1985 [1900]), de José Enrique Rodó, va a modificar el contenido del pensamiento utópico hispanoamericano. Es relevante que el origen de *Ariel* sea la guerra Hispano-estadounidense,⁵ un evento que el castrismo incluirá en el *continuum* histórico con el que intenta legitimarse. Krauze (2011) recuerda que la influencia de *Ariel* fue tal que su lectura en las escuelas del continente era obligatoria cuando Fidel Castro tomó La Habana en 1959, un suceso que marca el punto final de una elipsis que comienza en la guerra de 1899 (p. 41).

El arielismo es la expresión del desencanto, tal vez definitivo, de la admiración de Hispanoamérica por los Estados Unidos, que había surgido como faro de las nuevas repúblicas. La admiración – con una excepción parcial en Bolívar – se prolonga por casi todo el siglo XIX y Krauze nos recuerda que esa inclinación llegó al extremo de la asimilación con la Constitución mexicana de 1824 (2011, p. 44). Es el mismo Rodó quien registra esa admiración cuando escribe en el *Ariel*:

La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes y, aún más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria (1985 [1900], p. 33).

Ese éxtasis, al a que él llama nordomanía,⁶ es una forma de abdicación en la que se copiarían inútilmente las formas políticas del norte, entre las que Rodó critica a la democracia, por sus efectos disgregadores sobre la sociedad y, más recientemente, la plutocracia. Su respuesta cambia lo que acabamos de ver con Bolívar, y de ahí el pensamiento utópico hispanoamericano. Rodó también propondrá una utopía con los americanos sin

reservas, sin que tengan que adquirir unas virtudes republicanas a través de una ardua formación cívica primero: bastaba que fuesen capaces de continuar la herencia latinoamericana que para Rodó se funda en la raza (1985 [1900], p. 35). Luego vendrían, un poco como epígonos, *La raza cósmica* de Vasconcelos, en 1925, y los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de Mariátegui, en 1928.

Sin embargo, si la herencia que Latinoamérica debía continuar era étnica, las formas culturales que veía como alternativa debían ser europeas, con lo cual Rodó cierra el círculo que había comenzado con la imaginación del continente como una utopía. Por eso, como Martí antes, critica la ausencia del ideal de la belleza y la verdad, que cree encontrar en la metrópoli, en la sociedad de los americanos del norte.

De esta manera, de la admiración por la utopía de la libertad estadounidense se pasó al odio casi ininterrumpido durante todo el siglo XX. Si ya Estados Unidos no era el referente de la utopía hispanoamericana, debía construirse urgentemente el referente que a su vez serviría de sostén ideológico a la política. Ese sustituto es lo que se denomina arielismo y en cuyo núcleo se halla la premisa de ser radicalmente distintos a Estados Unidos. La expresión de esta idea fue la convergencia entre liberales y conservadores que alumbraron un nacionalismo que debía unificar al continente en la cultura que se estimaba espiritualmente superior al materialismo estadounidense; al ser la cultura el campo de despliegue de ese nacionalismo, el factor era la educación para el que las nuevas generaciones arielistas reclamarían al estudiante universitario como protagonista (Rodó, 1985 [1900], pp. 47-48, 53, 58).

El arielismo será sustituido luego de la Revolución Cubana parcialmente por una adulteración de Martí. En fecha tan tardía como agosto de 1961, el Che Guevara citó a Rodó en la Conferencia de la OEA en Punta del Este, tal vez más como una cortesía a Uruguay que como una muestra de influencia ideológica, pero lo cierto es que toda la generación de políticos latinoamericanos de la primera mitad del siglo tenía a Rodó como parte de su bagaje cultural.

Pero la distopía castrista no está gobernada por Próspero, sino por Calibán. La sociedad de Rodó aspira al orden y la prosperidad, solo que incorporando el ideal desechado por el materialismo estadounidense; por eso escribía:

El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir [...] ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente (1985 [1900], pp. 50-51).

⁵ En *Doña Bárbara* (2000 [1929]) Gallegos recoge una manifestación del origen del arielismo cuando hace decir al patriarca de Altamira, José Luzardo: « – Se necesita ser muy estúpido para creer que puedan ganárnosla [la guerra Hispano-estadounidense] los salchicheros de Chicago» (p. 74).

⁶ Rodó saluda la «grandeza titánica» de Estados Unidos que radica en haber hecho realidad la utopía de la libertad (pp. 36, 38).

Frente a ella, el violento orden político cubano propone revolución como génesis y totalitarismo tropical como horizonte, pero, además, también propone una ruptura con la metrópoli, esa en la que Rodó sitúa el ideal. Por lo que *Ariel* debe pasar a servir ahora al orden revolucionario. Ese nuevo sentido de la utopía hispanoamericana se expresa de variadas formas, pero es Fernández Retamar (2021) el que lo inscribirá explícitamente en el contexto de los personajes del *Ariel* de Rodó al insertar en el relato la equivalencia entre revolución y Calibán (p. 96).

TOMAR EL CIELO POR ASALTO

Así, cuando fracasa el nacionalismo y el populismo en la primera mitad del siglo XX, desembocamos en la Guerra Fría que va a ser el epítome del enfrentamiento ideológico en el hemisferio.⁷ Aunque la Revolución Mexicana está teñida de utopismo, se da la particularidad de que el resto del continente, cuando pensó en términos de revolución, se decantó primero por la muy posterior Revolución de Octubre y luego por la Revolución Cubana. Sin embargo, en la Revolución Mexicana hay un factor importante y es que muestra el carácter más nacionalista que otra cosa de la ideología en la región a principios de siglo.⁸

Es un tópico que inicialmente la Guerra Fría (1946-1989) se desarrolla en Eurasia, pero pronto se traslada al continente americano, y a África, convirtiéndose en un conflicto global que mezcló esa confrontación planetaria con conflictos locales. Ahora bien, lo más relevante de la Guerra Fría en el contexto de este artículo es que actualizó el concepto de revolución en el continente, mostrando la posibilidad de desafiar exitosamente la hegemonía estadounidense, al mismo tiempo que dotaba al imaginario de nuevos mitos incluso cuando Fidel Castro dejó, mucho después, de apoyar militarmente la insurgencia comunista en el continente.

Cuba nunca respaldó activamente la insurgencia en México, el único país del hemisferio que no rompió relaciones con La Habana luego de la conferencia de la

OEA en Punta del Este en 1961; pero a partir de 1961, la intensificación de ese apoyo a grupos guerrilleros en el resto del continente – que data de fecha tan temprana como 1959 con el apoyo a la expedición del MLD dominicano contra Trujillo – en realidad también se concibió como una estrategia de defensa, y no solo como una forma de expansión, ya que se pensaba que Estados Unidos no podría derrocar al gobierno cubano si la insurgencia afín se extendía en América Latina, sobre todo luego del resultado de la crisis de los misiles. De ahí la frase de Ernesto Guevara de crear muchos Vietnams en su mensaje a la Conferencia Tricontinental (I Conferencia por la Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina), a principios de 1966, durante la que se creó la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL), la estructura paraguas del apoyo guerrillero cubano que cambiaría el año siguiente a la mucho más sencilla de nombrar Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).

La dimensión mítica legada por la Guerra Fría a la izquierda latinoamericana se deriva en buena medida de la propia definición del conflicto como «nuevo sistema internacional antagónico, basado sobre una contraposición radical ideológica entre el socialismo y el capitalismo» (Petinná, 2018, p. 37). Esa lucha, esquemáticamente presentada como un enfrentamiento entre el bien y el mal, con una eficaz colonización de la cultura por parte de la izquierda,⁹ resultó irresistible para que ambos bandos construyeran un relato mítico.

Como antecedente, el mismo Petinná explica que en el período 1933-1945 Estados Unidos no usó el intervencionismo como política hacia la región, al mismo tiempo que cita fuentes que muestran convergencia entre el *New Deal* y los intentos revolucionarios locales, como el Cardenismo en México, gobiernos del partido auténtico cubano o el Varguismo en Brasil; aunque al mismo tiempo afirma que precisamente el descarte de esa política de buena vecindad – por la política de contención a partir de 1946 y la Doctrina Truman de 1947 – es uno de los rasgos de lo que él denomina fractura externa, que van a configurar la Guerra Fría en América Latina (Petinná, 2018, pp. 33, 37, 39 y 56).¹⁰ De hecho, entre 1933 y 1954 no hubo intervenciones estadounidenses en América Latina.¹¹ Si, siguiendo a Petinná, se considera que la

⁷ En esta sección se sigue de cerca el texto de Vanni Pettinà (2018), editado por el Colegio de México, por dos razones. La primera es que se presenta como una historia mínima, lo cual tiene sentido ya que solo se busca contextualizar un momento dentro del pensamiento utópico latinoamericano y no profundizar en él. Para desentrañar el rol de la izquierda, en América Latina, luego de la Guerra Fría *cf.* Castañeda (1993).

⁸ Rojas explica que esta premisa es válida solo después de 1959, ya que antes los rasgos de la Revolución Mexicana (reforma agraria usando bases comunales, nacionalización del petróleo, alfabetización y derechos sociales) impregnaron el populismo de Gétulio Vargas, el de Perón y las izquierdas no marxistas del continente antes del triunfo de la Revolución Cubana de ese año (2021, pp. 16-17).

⁹ Sobre todo, por la denominada Nueva izquierda. Esta degeneró en el terrorismo de las Brigadas Rojas, la banda Baader-Meinhof o los Weathermen. Para una lectura más matizada de la Nueva Izquierda *cf.* Rojas (2015).

¹⁰ Pettinà se refiere al libro *Agrarian Crossings: Reformers and the Remaking of the US and Mexican Countryside* (2017) de Tore C. Olsson.

¹¹ En su novela *Tiempos recios* (2019), Vargas Llosa ubica en el derrocamiento de Árbenz el origen de la radicalización de la expedición cubana del *Granma*; algo en lo que coincide con la forma en la que se narra

primera etapa de la Guerra Fría en el continente va de 1946 a 1959, entonces, es forzoso concluir que esa fue su fase menos violenta ahí. No obstante, ese fue el período en el que se configuró un endurecimiento de la estrategia de contención, gracias al abandono de las áreas de prioridad estratégica que equiparaba todas las amenazas soviéticas en cualquier parte del mundo sin importar su entidad real (p. 88).

¿LA ÚLTIMA UTOPIA?

El mismo Petinná describe el sustrato económico de la Guerra Fría en el hemisferio: la divergencia entre la preferencia estadounidense por el denominado *embedded capitalism* versus el desarrollismo cepalista¹² al sur del río Bravo que entrañaba proteccionismo y planificación – y en algunos casos, como el venezolano, redistribución de la tierra –, que fue parcialmente ajustada con la estrategia *ad hoc* para América Latina, la Alianza para el Progreso de la administración Kennedy (p. 43, 44, 66), que sin embargo fracasaría a largo plazo. Pero al mismo tiempo que no coincidía económicamente con sus vecinos – pero sí canalizaba ayuda a Europa y Asia, a las que consideraba estratégicamente más importantes –, Estados Unidos insistía en un aumento de la colaboración militar incluso en un momento en el que era lejana la Revolución Cubana.

La Alianza para el Progreso exige un estudio más amplio, porque es la expresión de una forma de entender la modernidad. Sus postulados pueden resumirse en un intento por inducir el desarrollo capitalista, pero saltándose etapas mediante la ayuda financiera estadounidense, que además protegería la transición hacia el desarrollo mediante asistencia militar. En el fondo se trataba de una receta que abstraía la modernidad a un conjunto de rasgos que debían poder ser replicados en cualquier lugar, sin importar el contexto.

El que Estados Unidos, pese a la Alianza para el Progreso y sobre todo cuando esta se diluyó, privilegiara la exportación de materias primas de los países latinoamericanos por encima de su desarrollo industrial, va a ser

un componente importante de la animadversión de la izquierda y de sectores nacionalistas – no siempre coinciden ambos – que tendrá un rizo histórico, porque justo al final de la Guerra Fría los países latinoamericanos terminarán de abandonar la política de desarrollo por sustitución de importaciones en procesos de liberalización incompletos que serán tachados de *neoliberales*.¹³

No sería precisamente hasta el giro socialista de la Revolución Cubana que la Guerra Fría en el hemisferio contaría con la presencia de una amenaza soviética real.¹⁴ Pero antes de llegar a ella hay que mencionar la fractura interna que Petinná incluye en el tándem, junto a la mencionada fractura externa, que da forma a la fisonomía de la Guerra Fría en el continente. Esta condición interior de los países de la región se caracteriza por el enfrentamiento entre las fuerzas progresistas y las conservadoras; estas últimas se habían revitalizado en parte gracias a su integración en los proyectos desarrollistas.

Durante la Guerra Fría, la Unión Soviética proponía a los países periféricos su propia forma no capitalista de desarrollo – recogida en la Declaración de la Conferencia de Representantes de los Partidos Comunistas y Obreros de los Países Socialistas, Moscú 1960 – que se decantaba por una industrialización liderada exclusivamente por el Estado junto a una reforma agraria mucho más radical que la planteada por la Alianza para el Progreso. Con su versión del desarrollo, la Unión Soviética intentaba una ampliación del enfrentamiento más allá de la esfera militar, al mismo tiempo que dotaba a las élites comunistas locales con recursos ideológicos para oponerse al modelo de desarrollo estadounidense, aprovechando la descolonización.

La tercera fase de la Guerra Fría en la región tendrá lugar en los años setenta y se caracterizará por el repliegue de las guerrillas en Sudamérica – salvo por los grupos guerrilleros colombianos que se degradarían a partir de la década siguiente en bandas de narcotraficantes, y por el *Sendero Luminoso* peruano que había iniciado tardíamente la violencia insurreccional a finales de la década de los setenta – al mismo tiempo que por la instauración de las dictaduras en el Cono Sur en el contexto más amplio de la *détente* soviético-estadounidense. Al mismo

oficialmente la biografía de Ernesto Guevara y Fidel Castro. Más adelante, Petinná ampliará la explicación sobre esa política de no intervención al contar que inicialmente las dictaduras de la región planearon derrocar a Árbenz mediante una invasión de fuerzas paramilitares anticomunistas por sentirse amenazadas por sus reformas en lo que se llamó *Operation Fortune*; inicialmente autorizada por Washington pero que luego se limitó a una operación encubierta de la CIA, por la negativa del secretario de Estado Acheson a romper tan salvajemente la política de no intervención de la época de buena vecindad (*op. cit.*, p. 85).

¹² Petinná recuerda que la Cepal usó la expresión *programación del desarrollo* evitando el de *planificación* por sonar muy parecido a planificación socialista (p. 66).

¹³ La crisis de deuda de los 80, la así llamada década perdida, acompaña el último tramo de la Guerra Fría en América Latina y sirve para posicionar en el imaginario, incluso antes de los intentos de apertura, a la liberalización económica como una forma de dominación postcolonial estadounidense con el Fondo Monetario Internacional y el Consenso de Washington como chivos expiatorios. Para Petinná los problemas económicos de la década perdida son una de las razones de que las juntas militares del Cono Sur, excepto la chilena, entregaran el poder (*op. cit.*, p. 236).

¹⁴ Aunque el mismo Petinná indica que Moscú definió mejor su interés hacia América Latina en el contexto de la Guerra Fría luego del derrocamiento de Árbenz (p. 87).

tiempo, Cuba redujo su apoyo a las guerrillas continentales durante buena parte de la década, en parte por su intervención en África como *proxy* soviético, un poder al que habían terminado sometiendo su relativamente autónoma estrategia guerrillera como resultado de su fracaso económico y su necesidad de ayuda de Moscú.

Finalmente, la cuarta fase de la Guerra Fría, siempre según la cronología de Petinná, tiene lugar en los ochenta y cambia el foco a Centroamérica y las guerras civiles en El Salvador, Guatemala y Nicaragua. Toda esta exposición nos conduce a la Doctrina de la Seguridad Nacional, que es donde se une lo económico, lo político y lo militar en un solo haz y que de paso le da una vuelta de tuerca más al mito de las fuerzas armadas como la única institución capaz de asegurar la estabilidad de los países latinoamericanos al tiempo que los conduce al progreso modificando su estructura económica desarrollista. Este es un rasgo de las dictaduras de derecha partir de los años 70, que no se ve en las dictaduras en la primera fase de la Guerra Fría, y puede reflejarse en la relación clientelar entre las juntas militares, como la argentina, y ciertas corporaciones, o en la liberalización chilena durante el gobierno de Pinochet.

Mediante la Doctrina de la Seguridad Nacional se legitima el uso de la violencia militar contra toda forma de transmisión de la ideología comunista, lo que solo puede ejecutarse si se considera a la propia población civil como enemiga. Su epítome, en el contexto de la Guerra Fría, es la Operación Cóndor.

Por último, como apunta el citado Petinná, el final de la Guerra Fría brindó, entre otros, dos resultados relevantes en el contexto de este artículo: primero, se produjo temporalmente la desconexión de los conflictos regionales del enfrentamiento estratégico bipolar, sencillamente porque este dejó de existir; pero una década después esa conexión comenzaría a restablecerse en un sucedáneo – que incluiría a China, Irán y Rusia – desde el gobierno venezolano surgido en 1998. Segundo, Cuba perdió definitivamente toda capacidad de proyectarse militarmente usando *proxys* en el continente, al tiempo que asimilaba la imposibilidad de reformar un sistema socialista sin destruirlo (*op. cit.*, pp. 231, 233-234) mientras su economía quedaba arrasada al perder el ingente subsidio soviético.

CONCLUSIONES

En su origen, Hispanoamérica es real solo en la medida en la que la conformación de su geografía y de sus gentes confirma la imaginación utópica europea. Ese punto de partida se irá transformando a lo largo de

la historia en la forma de hacer real el imaginario, pero mantendrá intacto el núcleo que impulsa a alcanzar un horizonte ideal que podría no existir.

Parte de la dificultad estriba en que los mismos europeos demolieron su constructo durante la conquista y la colonización, y luego se vieron obligados a intentar reedificar la utopía por primera vez desde la realidad. Este es el legado con el cual los criollos probarán levantar su propia *polis* ideal, uno al que sumarán de nuevo las concepciones europeas cuando cifren en la república el estadio que deben alcanzar luego de la destrucción de las guerras de independencia.

Ese intento fracasará en alguna manera al lograrse la independencia, pero no la libertad; una derrota a la que se añadirá la escisión que mostraba la victoria de la América anglosajona sobre el intento truncado de los hispanoamericanos. Ante este aparente callejón sin salida, la respuesta fue una vez más la utopía, pero esta vez la de pensarnos como la alternativa moral que desarrollaba el espíritu europeo implantado en esta parte del mundo.

Esta concepción no superaría la realidad de no haber logrado la sociedad ideal que el continente busca desde el inicio, un fracaso que tendría, ya en el siglo XX, una dimensión en la que el culpable ya no era la masa incapaz de la vida cívica, como había sido la crítica durante el siglo XIX, sino las élites. Esto conduciría a que la utopía hispanoamericana se transformara en la revolución.

Pero en este último estadio operaría una singularidad propia, a pesar del relato, la revolución como nueva utopía no intentaría llevarnos al futuro siempre anhelado, sino al pasado, al de la utopía originaria que se halla en la génesis de nuestro imaginario.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aínsa, Fernando. 1992. *De la edad de oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico americano*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Bolívar, Simón. 1978. *Simón Bolívar. Obras completas. Tomo VIII*. México, Editorial Cumbre.
- Castañeda, Jorge. 1993. *Utopia Unarmed: The Latin American Left after the Cold War*. Nueva York, Alfred Knopf.
- Colón, Cristóbal. 2016. *Diario del descubrimiento*. Edición de Christian Duverger. México, Taurus.
- De las Casas, Bartolomé. 1986a [1527]. *Historia de las Indias. Tomo I*. Caracas. Biblioteca Ayacucho.
- De las Casas, Bartolomé. 1986b [1561]. *Historia de las Indias. Tomo II*. Caracas. Biblioteca Ayacucho.

- De los Reyes, David. 1992. "Utopía y nuevo mundo o el paraíso perdido". *Apuntes Filosóficos*, vol. 2, pp. 211-230.
- Del Rey Fajardo, José. 2004. "Misiones jesuíticas de la Orinoquía: entre la Ilustración y la Modernidad". *Estudios eclesiásticos*, vol. 79, n° 30, pp. 97-128. Disponible en: <https://revistas.comillas.edu/index.php/estudioseclesiasticos/article/view/10783/10165> [Consultada el 31 de enero de 2025].
- Del Rey Fajardo, José. 1996. *Una utopía sofocada: Reducciones Jesuíticas en la Orinoquía*. Recuperado de <https://www.anhvenezuela.org/ve/wp-content/uploads/2020/04/del-rey-fajardo-d-y-c.pdf>. [Consulta: septiembre de 2025].
- Fernández Retamar, Roberto. 2021. *Calibán*. La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas.
- Gallegos, Rómulo. 2000 [1929]. *Doña Bárbara*. s.l., Espasa Calpe.
- Guerrero, Carolina. 2005. *Liberalismo y republicanismismo en Bolívar (1819-1830) Usos de Constant por el Padre Fundador*. Caracas, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Central de Venezuela.
- Krauze, Enrique. 2011. *Redentores. Ideas y poder en América Latina*. Bogotá, Debate.
- Lillo Castañ, Víctor. (oct.-dic. 2022). "Una utopía para el Nuevo Mundo: Vasco de Quiroga y su traducción de la Utopía de Tomás Moro". *Historia Mexicana*, 72 (2), 615-644, DOI <https://doi.org/10.24201/hm.v72i2.4505>.
- Lukács, Georg. 1959. *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*. México y Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Martí, José. 2005. *Nuestra América*. Caracas. Biblioteca Ayacucho.
- Mumford, Lewis. 2013. *Historia de las utopías*. Logroño, Pepitas de calabaza.
- Pettinà, Vanni. 2018. *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. México, El Colegio de México.
- Rodó, José Enrique. 1985 [1900]. *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas. Biblioteca Ayacucho.
- Rojas, Rafael. 2021. *El árbol de las revoluciones: Ideas y poder en América Latina*. México, Turner.
- Rojas, Rafael. 2015. *Fighting over Fidel: The New York Intellectuals and the Cuban Revolution*. Princeton, Princeton University Press.
- Rojas, Rafael. 2009. *Las repúblicas del aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*. México, Taurus.
- Todorov, Tzvetan. 1989. "Sobre las buenas costumbres de los otros". *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. México, Siglo XXI Editores, pp. 305-323.
- Tower Sargent, Lyman. 1994. "The Three Faces of Utopianism Revisited". *Utopian Studies*, vol. 5, n° 1, pp. 1-37.
- Uslar Pietri, Arturo. 1998. *Nuevo Mundo Nuevo*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Zanatta, Loris. 2020. *El populismo jesuita. Perón, Fidel, Chávez, Bergoglio*. Buenos Aires/Barcelona, Edhasa.